



Puebla de Valles

El entorno

Puebla de Valles, al norte de Guadalajara, está situada en la línea de separación que delimita la sierra de la campiña. Si bien no existen alturas que destacar, si hay diferencias de nivel de hasta trescientos metros, que unido a la protección de las montañas del Ayllón y a la humedad del río Jarama, crean un microclima templado, impropio de estas latitudes.

Los arroyos de Valdelacasa, Vallejo, del Lugar, Muradiel y Canrayao forman profundos valles antes de desembocar en el Jarama, diseñando una quebrada orografía, salpicada de cientos de reguerillos que rasgan la tierra produciendo grietas y terreros característicos de color rojizo. Una vegetación exuberante los invade generosamente, ofreciendo un vivo contraste de colores que hacen a Puebla de Valles única.

Esta imagen no sería posible sin la erosión natural del suelo, originada por las grandes avenidas después de las tormentas, canalizadas a través de barrancos y arroyos hasta teñir de sangre el Jarama. Las heladas de las cárcavas y el deshielo posterior arrastraban la arcilla desprendida de sus laderas, como si de lava se tratara. Así la ribera bañada por el río Jarama, cual Nilo, pasaba de ser un lodazal a la tierra milagrosa en la que todo se cultivaba.



El factor humano también ha colaborado en la erosión de la tierra, bien cultivando laderas a mano con azadas, imposible para el arado romano tirado por mulas, bien dando suelta a ovejas y cabras que agotaron la vegetación que sujetaba la arcilla.

Hoy el abandono de la tierra y del ganado ha permitido que en algunos puntos de la orilla del Jarama se creen selvas impenetrables por acumulación de lodo y de vegetación. Así cuando se producen las sueltas de la presa del Vado, el río busca su salida, invade las tierras de labor y destroza los huertos.

Estos huertos en los que se cultiva todo tipo de hortalizas y abundan los árboles frutales: almendros, manzanos, higueras, perales, cerezos, nogales, membrillos,... que va desapareciendo poco a poco.

La ribera siempre presumió de viñas y olivos (algunos milenarios), que aún hoy producen vino joven de excelente buqué y, según dicen, el mejor aceite de Guadalajara. La filoxera del primer tercio del siglo veinte diezmo las vides, y la fuga de las gentes a las ciudades hicieron el resto. Hoy apenas son una sombra de su pasado.

En las lomas y tierras altas de la ribera se cultivan cereales de forma extensiva, a pesar de que Puebla de Valles es el prototipo del minifundio, algo que la concentración parcelaria en marcha intenta corregir. El buen hacer de los agricultores de la zona han hecho el milagro de agrupar tierras y rentabilizar estos cultivos.

En los cerros los robles, jaras, retamas y aliagas cubren laderas imposibles. Un extenso pinar situado al nordeste del pueblo completa la imagen. Algunas estampas del pasado son ya irrecuperables. ¡Cómo no recordar que aguiluchos y zuritas ponían cada año sus nidos en los barrancos para disfrute de los chiquillos;

¡Y que decir de las bandadas de miles de grajas que a última hora de la tarde sobrevolaban Puebla de Valles camino de los barrancos de los Adobes, del Malaño, del Vallejo y de las Grajas, con un ruido ensordecedor pero agradable ;

NOTA: En el mes de Junio de 2.005, la Sierra del Rincón (la sierra pobre de Madrid, hermana de nuestra Sierra de Ayllón) ha sido nombrada por la UNESCO “Reserva de la Biosfera”

Las Pequeñas Médulas

Como es sabido, las montañas del Sistema Central se elevaron a su altura actual en la Era Terciaria, hace 5.4 millones de años. Sin embargo no fue hasta el Plioceno (1.700.000 años después) cuando el terreno calizo se asentó, se definieron los accidentes geográficos y comenzó el lento proceso geológico que daría lugar a estas tierras tal y como las conocemos hoy.

En este periodo nacieron el cañón del Jarama, las cuevas (preciosas las del Marralín) y el karst de Tamajón, cuyo más bello ejemplo es la ciudad encantada, situada junto a la ermita de los Enebrales. También empezaron a dibujarse lentamente sobre la roca caliza los barrancos y cárcavas de Puebla de Valles, proceso que según estudios geológicos de la zona debió durar unos dos millones de años.

Ya en la Era Cuaternaria, durante el Pleistoceno inferior (1,6 millones de años) finalizó el proceso de encajonamiento de arroyos y empezó el relleno de estos cauces con los primeros sedimentos. Las alternancias climáticas de mediados del periodo (700.000 años) provocaron salvajes fenómenos de riadas-coladas de tierra y piedras (detritus) que permitieron completar el relleno, formándose espléndidas terrazas fluviales.

A partir de este momento (120.000 años) la erosión provocada por las nieves y el deshielo de la última glaciación, así como los cambios climáticos de nuestra era han provocado que el paisaje de Puebla de Valles tenga un aspecto tan peculiar. Los últimos toques a esta obra maestra los ha dado el hombre, desde que hace unos 32.000 años decidió habitar la zona, según los restos arqueológicos hallados.

Era Terciaria

5,4 M. años	* Mioceno	Máximo levantamiento Sistema Central
3,7 M. años	* Plioceno	Asentamiento terreno calizo y creación barrancos

Era Cuaternaria

	1,6 M. años	* Pleistoceno Inferior	Encajonamiento barrancos y comienzo
relleno	0,7 M. años	* Pleistoceno Medio	Alternancias climáticas y relleno con detritus
	120.000 años	* Pleistoceno Superior	Se completa relleno. Terrazas fluviales
	10.000 años	* Holoceno	Erosión por nieve y deshielo Acción continua del hombre

Este proceso geológico, en esencia, no es muy diferente del que puede aplicarse a otras zonas geográficas situadas en la falda sur del Sistema Central. Sin embargo, algo debió ocurrir ya que

la terraza fluvial sobre la que nos asentamos es de un fuerte color rojizo, está rodeada de otras terrazas de colores más suaves y sus límites están perfectamente dibujados.

Así una lengua de terreno rojizo, de no más de 8 kms de anchura, nace en la ribera del Jarama y recorre en sentido Oeste-Este los términos de Puebla de Valles, Retiendas y La Mierla hasta llegar a orillas del río Sorbe donde muere. Este color se debe al fuerte contenido en hierro de la arcilla, aunque su mezcla con cantos rodados y piedras matiza la intensidad del rojo. La densidad de la mezcla varía según el paraje y la altura de la capa, seguramente debido al periodo en que se consolidó.

Si nos fijamos en los diferentes estratos de cualquier barranco, podremos observar capas finas de talco, muy quebradizas y de color lechoso, entre la arcilla. Muy visibles en las faldas del cerro del yeso (Villalbilla) que se haya en el Arroyo del Lugar camino del río. Asimismo en los lechos de los arroyos podremos encontrar fósiles, trozos granito, mineral de hierro, cuarzo, arenisca, cuarcita e incluso de pizarra negra, ya redondeados y formando los gorriones característicos.

Pero lo que hace única a Puebla de Valles, además de su color rojizo, son las formas caprichosas de los terreros que la rodean, que en cierto modo recuerdan a los paisajes de Arizona, como ya mencionó un escritor de la tierra. Los picachos rojos que miran al cielo y las dentadas crestas que los unen conforman un paisaje espectacular.

Por su parecido con las Médulas (y por presumir) decimos que los terreros que adorna el pueblo por el sur son “nuestras pequeñas Médulas”, y nos enorgullece su origen natural.



Nota:

Las Médulas es un precioso paraje situado en el Noroeste de la provincia de León en su límite con Galicia y esta considerado “Patrimonio de la Humanidad” por la UNESCO.

Son los restos de una mina de oro a cielo abierto, que los romanos explotaron durante más de cuatrocientos años. El método de explotación consistía en horadar la montaña y encauzar las aguas desviadas de un río cercano por túneles hechos para tal fin que por la presión de las aguas conseguía que la colina se desplomase. Se cribaba y se lavaba la tierra y así se obtenía el oro. El insuficiente empuje de las aguas y/o la naturaleza arcillosa de la tierra dejaron en pie numerosos picos y crestas rojizas, sembrados en suelos arcillosos que la vegetación ha embellecido a lo largo de los años.

Fue la mayor mina de oro de Hispania, dio origen a varios poblados en sus alrededores (artesanos, minero, militar,...) y es la única que se conserva. Para mas información consultar la web: **www.fundacionlasmedulas.com**.

El Jarama

Nuestro río nace en la Sierra del Ayllón a 1.860 metros de altura, justo debajo de Peña Cebollera, en la divisoria Norte de las Comunidades de Madrid (municipios de Montejo de la Sierra y la Hiruela) y de Castilla La Mancha (el Cardoso), coqueteando con ambas regiones hasta que llega al río Tajo en Aranjuez, tras recorrer 194 Kilómetros y bajar 1.500 metros.

Su cuenca de 11.500 Kms cuadrados cada año recibe 2.200 hectómetros cúbicos de agua, ya que recoge los caudales de los ríos de la Sierra de Guadarrama (Lozoya, Guadalix, Manzanares,...) y de la Sierra de Ayllón (Henares, Torote, Tajuña,...). Se han construido tantos embalses que resulta difícil recordarlos todos: El Atazar, Beleña, El Vado, Pozo de los Ramos, Vellón, Pinilla, Lozoya, Manzanares, El Pardo,

La calidad de sus aguas viene determinada por su origen y los tipos de suelo que atraviesa en su discurrir, ácido en su curso alto y básico en el resto. La contaminación hace que sólo hasta Torremocha del Jarama la calidad del agua sea aceptable, con un deterioro progresivo que en Arganda del Rey la hace inservibles para la vida. Su curso se considera dividido en tres tramos: Alto hasta el pantano del Vado, Medio hasta San Fernando de Henares y Bajo hasta su desembocadura.

En el tramo Medio, con un recorrido de 82 Kms, el Jarama corre encajonado sobre pizarras negras y terreno calizo desde que abandona el Vado hasta su llegada a Puebla de Valles, creando hoces inolvidables entre los términos de Retiendas y Valdesotos, conocidas como “el cañón del Jarama”.

Hace años, a su llegada al término de Puebla, el río se abría en múltiples brazos que ocupaban decenas de metros, creando una ribera fértil en sus orillas, la izquierda de Puebla y la derecha de Tortuero, actuando como límite natural entre ambos. Esto originaba polémicas hasta hace unos años, cuando se construyó la presa del Vado, ya que cuando llegaban las grandes avenidas en primavera, cambiaba el curso del Jarama y los límites. Hay que considerar que con el grado de erosión de estas tierras arcillosas, las aguas arrastraban enormes cantidades de limo que creaban terrazas, excelentes para los huertos, aunque a veces solo duraban hasta la siguiente avenida.

Hasta que llegó el Vado sus aguas eran abundantes, claras y limpias. Allí acudían las mujeres en grupo a lavar, con su tabla labrada, uno de cuyos extremos introducían en el agua, y puestas de rodillas frotaban la ropa contra ella. Luego la tendían a secar al sol, después de ponerle

azulillo si era ropa blanca, bien extendidas para que no se arrugasen en exceso. Esta tarea resultaba agradable en verano ya que aprovechaban la reunión para comentar las cosas del pueblo.

En invierno se convertía en un trabajo durísimo, cuando era preciso romper los hielos con una caballería para abrir hueco donde colocar la tabla. Se hacía un fuego en la orilla, que permanecía siempre encendido y sobre el un barreño con agua caliente en el que las mujeres, de vez en cuando, metían sus manos para calentarse y evitar los sabañones.

Las truchas, barbos, anguilas y bogas gozaban de justa fama por su sabor, debido a la limpieza de las aguas. Era un espectáculo ver las truchas reunidas a desovar en remansos, deslizándose rápidas por los pequeños regueros.

La vegetación a orillas del Jarama, con hermosos ejemplares de nogales, chopos, alisos, fresnos, álamos blancos y negros,... permanecía virgen. Aún no había llegado la tala salvaje por falta de comunicación y transporte. Entonces los árboles morían de viejos.

Se alternaban terrazas de regadío, a las que se subía el agua a través de regueras y se creaban fértiles huertos, explotados por los habitantes de Puebla y creando hermosas besanas de hortalizas como La Cespadera y la huelga del Molino.



Cuando en los años cuarenta se realizó la expropiación de 300 hectáreas de terrenos erosionados en la zona del empalme, para su repoblación por pinos (dando origen al actual pinar), se concedió a Puebla de Valles, como compensación, y a perpetuidad la extracción de 162 litros/segundo de las aguas del Jarama, según se publico en el BOE.

Con gran esfuerzo de sus gentes, se construyó una extensa red de acequias para regar 161 Has en la zona conocida como la ribera, creando un complejo donde se instalaron 3 motores eléctricos para la elevación del agua y vivienda para el mecánico.

El minifundio, la caída de precios de los productos agrícolas, el rechazo de la concentración parcelaria y explanación de la tierra que gratuitamente ofrecía el Instituto Nacional de Colonización, prejuicios y la voracidad del Canal de Isabel II hicieron fracasar el proyecto a los pocos años. Se perdió todo y se desilusionó a mucha gente que después de esto se marcharon, quedando los motores e instalaciones en total estado de abandono.

Una vez acabada la presa del Vado, el Canal no reconoce la concesión y cierra progresivamente la salida del agua hasta el año 2.000, momento en que el corte es total, siendo insuficiente el caudal que aportaban los arroyos de Retiendas y Valdesotos para mantener vivo el cauce, por lo que el Jarama dejó de correr por primera vez en su historia.

La ley obligó al Canal a proporcionar el cauce ecológico, tan escaso que no ha impedido que la confluencia de los arroyos se haya elevado hasta 4 metros y que aquellas explanadas donde las aguas corrían a su capricho sean intransitables. En ocasiones, cuando las lluvias han llenado la presa, se han abierto compuertas sin avisar y las aguas han bajado en tromba, encajonadas hasta llegar a Puebla de Valles donde se han desbordado y arrasado los huertos.

Ya no habrá más sestiles para el ganado a orillas del Jarama, ni se podrá celebrar el día de San Pedro ó la Mansiega con baño en el río y merienda en la ribera. No se verá el martín pescador lanzándose desde la rama del sauce mientras la nutria le observa desde el saliente de la roca.

Hoy, con enorme tristeza, podemos decir que para el Jarama cualquier tiempo pasado fue mejor.

Playas de agua dulce

Puebla de Valles presume de playas de aguas claras en las pozas que el Jarama ha ido labrando en su cauce y que tradicionalmente han sido utilizadas para el baño. Nos limitaremos a presentar las más conocidas.

El Pozo de la Roca: Se accede a él siguiendo el camino del arroyo hasta la chopera y en la bifurcación se toma el desvío de la derecha. A partir de aquí la pista discurre paralela al río, (aunque a tramos parece que se aleja) para finalizar en unos olivos frente al cañón del Jarama. Justo allí, a la izquierda hay una senda que, bajando la cuesta hasta el cauce del río, discurre unos 50 metros entre chopos hasta llegar a una playita de arena algo gruesa, pero en un paraje encantador, salvaje y de vegetación exuberante.

La zona de baño es amplia, con sombra, aguas claras y buena profundidad para nadar y bucear. Muy concurrida en verano, a veces con suerte puede verse una pareja de nutrias que viven allí. Desde Puebla de Valles, apenas veinte minutos a pié; también se puede acceder en todo-terreno ó en coche viejo (por lo de las piedras en los bajos).

El Pozo Oscuro: Está situado a cien metros del Pozo de la Roca y se accede desde una senda al borde del cañón, a unos cincuenta metros hacia la derecha de donde acaba el camino en los olivos. La vereda baja en zigzag hasta al cauce del río, donde una playita mínima de tierra, bajo una enorme roca y a la sombra de los chopos, ofrece sus encantos. La zona de baño es más pequeña, pero tiene más profundidad, es muy solitaria y el canto del río te acompaña. Ideal para estar relajados.

El Puente Romano: Aunque en realidad es medieval, probablemente del siglo XII y contemporáneo del Monasterio de Bonaval, todo el mundo le llama “romano”. El antiguo camino desde Puebla a Valdesotos cruzaba sobre este puente el río Jarama, y su ubicación no dista más 50 metros del puente de la carretera actual. Bajo el viejo puente existe una poza amplia de aguas muy claras y tranquilas a la que se accede por estrecha senda que baja hasta una minúscula playita, rodeada de un follaje espectacular.

Si se prefiere puede atravesarse el puente y seguir la vereda de la derecha hasta su término, a unos trescientos metros frente a la desembocadura del Arroyo de Valdesotos, en la zona conocida como “el Marralín”. Habremos llegado a la antigua ubicación del Puente de Palos, hoy desaparecido.

El Puente de Palos: También puede accederse desde el puente sifón sobre el arroyo de Valdesotos por la margen derecha del cañón, siguiendo una senda a media ladera que nos lleva hasta el final del cañón en el Pozo de la Roca. El puente, según cuentan los antiguos, no era más que dos troncos en paralelo unidos transversalmente por troncos más menudos (a modo de escala) que a una altura muy considerable sobre el río, se apoyaban en ambos lados del cañón.

Fue muy utilizado en la época de construcción del canal del Jarama, aunque siempre se usó para pasar el ganado ó evitar rodeos. Era muy estrecho, sin barandillas y a más de uno le provocaba tanto miedo que lo pasaba de rodillas (a gatas) ante la chufla de sus compañeros. Otros, flamencos ellos, lo pasaban contoneándose y alguno hubo que cayó al río desde semejante altura, salvándose de un buen coscorrón por la profundidad de la poza.

La zona es muy frondosa, los árboles hunden troncos y raíces en el río creando un paisaje peculiar. Hoy es un paraje relajante y hermoso, prácticamente desconocido, al que acudimos cuando deseamos un baño tranquilo y en soledad.

El Chorretón: Situado en Valdesotos, se accede por una senda que arranca en el mismo pueblo, sigue arroyo arriba y cruza el cauce varias veces hasta que, en quince minutos, nos lleva a este precioso enclave.

Aquí el arroyo se despeña por una cascada de cuatro metros sobre una breve poza de aguas cristalinas, rodeada de rocas. En años de sequía el arroyo sigue fluyendo y el Chorretón sigue vivo, aunque muy mermado. Digno de ver aunque incómodo por su tamaño y la concurrencia de visitantes, sobre todo los fines de semana.

Otras pozas para el baño han desaparecido con la regulación del caudal del río Jarama por el Canal de Isabel II. Merece la pena destacar que, hasta hace unos años, chicos y chicas se bañaban por separado, ellas en combinación y ellos en calzoncillos. Algunas veces los mozos escondían la ropa de las mozas a modo de broma y otras era al revés. Ocasión hubo que la chufla se convirtió en una somanta de palos al bromista.

Flora en Puebla de Valles

Dada la variedad de paisajes y microclimas en una superficie tan poco extensa (apenas 2.000 Has), se genera una inusual y rica diversidad en la vegetación, que se entremezcla y confunde a cada paso. A efectos de facilitar una visión más clara, hacemos una clasificación que no pretende ser ni precisa ni exhaustiva (no somos expertos en Botánica).

- *La orilla del Jarama*
- *La ribera* : franja entre la orilla y la zona ocupada por las crecidas
- *Tierras de cultivo*
- *Dehesa y laderas*: desde el final de la ribera hasta las colinas
- *Pinares*

Debe considerarse que solo se señalan las especies más presentes y que las áreas de transición son abundantes.

Las orillas del Jarama: La riqueza en sales y carbonatos de las aguas favorece la existencia de alisos y sauces blancos de buen tamaño, que hunden sus raíces en el agua y pueblan las orillas. Variedades arbustivas de sauce y tarajes, con helechos, juncos, cañas, carrizos, eneas, jacintos y mimbrres les acompañan.

Siempre verde y con abundancia de fauna, es un placer pasear por ellas. Lástima que la falta de limpieza provoque abundancia de árboles caídos y maleza, a veces impenetrable.

La ribera : Fresnos, álamos blancos y negros, sauces blancos, olmos y chopos (estos en abundancia). Plantas como majuelos, zarzas, rosas silvestres y plantas trepadoras (hiedras y madre selvas) completan la flora. En algunos parajes pueden verse parras y ciruelos asilvestrados.

La presencia de tarajes, abundantes en algunas zonas, indica degradación de la ribera. Troncos en el suelo y maleza son un síntoma claro de abandono y falta de cuidado.

Tierras de cultivo : Nogales, olivos, almendros, higueras, manzanos, perales, cerezos, membrilleros, melocotoneros y viñas están dispersos por todo el término municipal, lo que nos da una idea clara del microclima que gozamos en esta tierra.

Hortalizas y verduras de temporada son muy frecuentes en las zonas de regadío (bien junto a los arroyos, bien junto al río), tal y como se detalla en el “Ciclo mágico en Puebla de Valles”, presente en este texto. Trigo y cebada son los principales cereales. A veces es posible ver como conviven olivos y cereales obre el mismo terreno.

Dehesa y laderas: Quejigos, robles y encinas son habituales. También podemos encontrar alguna sabina (muy abundantes en Tamajón) y algún tejo despistado.

Jaras, cardos, ortigas, dientes de león, digitales, estepas (semejante a la jara), gencianas, majuelos, narcisos, peonías, piornos, retamas blancas y negras, rosal silvestre, verbasco y zarzas están muy presentes. También pueden verse algunos ejemplares de cicuta y brezo.

Las plantas aromáticas son abundantes:

- Lavanda: de 20 a 40 cms, es una mata leñosa con olor penetrante, que se identifica por su espiga con penacho morado.
- Menta poleo: tallo con sección cuadrada y hojas opuestas con flores rosadas.

- Romero: tallo leñoso de hasta 1 metro de altura, hojas estrechas con bordes revueltos y flor de color violáceo.
- Mejorana: pequeña, tallos rectos, hojas redondeadas y flores blancas. Muy aromática.
- Tomillo: mata pequeña, con floración corta, muy menuda con olor intenso

Pinares: Su origen se debe a la repoblación de los años cuarenta aunque duró décadas (ver el apartado del pinar en este mismo texto). Los pinos son “pinus sylvestris”, ni piñoneros ni resineros, y su aprovechamiento es exclusivamente maderero. En las zonas de barrancos convive con chopos; una imagen espectacular en otoño.

Por las características del suelo y la fisiología del pino, la vegetación es bastante monótona: retamas blancas y negras, jarales, zarzas y estepas.

Llama la atención que pese a la fuerte protección que los poderes públicos otorgan a la flora autóctona, el estado de bosques, riberas y sotobosques es lamentable. Sin embargo, años atrás sin leyes protectoras tan restrictivas esta situación no existía.

¿No será que las gentes del pueblo aprovechaban todos los recursos, reforzaba su sentido de propiedad y lo consideraba una fuente de riqueza? Y esto bastaba para mantener limpios los bosques y riberas. Por eso hoy les resulta difícil entender que para cortar unas varas o coger unas cañas deban pedir un permiso que puede tardar meses en llegar.

El sendero GR 10 a su paso por Puebla de Valles

Los senderos GR son rutas de senderismo de “Gran Recorrido” que cruzan nuestro país, huyendo del asfalto y buscando siempre los paisajes más agrestes y espectaculares. Están debidamente señalizadas con una marca característica: pequeño rectángulo blanco y rojo en lugares visibles. El GR-10 recorre España desde Puzol (Valencia) hasta Peña de Francia (Salamanca). Penetra en la provincia de Guadalajara por el alto de Orea y la deja por el Pontón de la Oliva, después de recorrer unos 150 Kms.

Hablando con propiedad, debemos decir que el GR 10 no pasa exactamente por Puebla, sino que la bordea elegantemente por el norte, siguiendo el cañón del Jarama y envolviéndola con un manto arbolado que la embellece. A cambio Puebla le ofrece vistas espectaculares de su vega. Por sus paisajes y contraste de colores debemos mostrar los tramos más próximos a Puebla de Valles:

- Muriel a Tamajón
- Tamajón a Retiendas
- Retiendas al puente de Valdesotos ----- **Puebla de Valles**
- De Valdesotos a Tortuero

Información muy detallada puede encontrarse en el libro “GR-10 Senderos de la miel”, editado por el Club Alcarreño de Montaña de Guadalajara.



Podemos presumir (y lo hacemos) de este tramo del GR-10 porque es el más hermoso. En apenas treinta kilómetros nos presenta una gran variedad de paisajes: Pantanos (Peñacabra), olivares, viñedos, pinares, robledales, choperas, olmedas, jarales, monasterios (Franciscano y Bonaval), cañones (Sorbe y Jarama), terreros arcillosos, puente medieval (Valdesotos), cuevas, buitreras, paisajes lunares (Tortuero), canteras,...

Mientras, la Sierra de Ayllón vigila y nos invita a conocer los Pueblos de la Ribera y de la Arquitectura Negra.

Los Miradores

Uno de los mayores encantos de Puebla de Valles es su paisaje. Desde cualquier sitio se ven las sierras de Guadarrama, Somosierra y el Ocejón, pero son los miradores los que ofrecen una panorámica excelente de la zona y nada mejor que un recorrido por ellos para apreciar su belleza. Podrá comprobarse que a veces el mirador más que un lugar es un camino, que ofrece vistas diferentes y mágicas a cada paso.

Desde la **cuesta de acceso** (por la carretera que viene desde el cruce de Tamajón), justo al lado del depósito del agua, tenemos una imagen sorprendente y clásica de Puebla. Allí mismo arranca un camino que, girando a la derecha y subiendo un poco, recorre la cresta de los terreros hasta la ribera, terminando unos cientos de metros antes. Un paseo de una hora entre jarales y olivos, que tiene el encanto de ofrecer hermosas panorámicas del pueblo, de los terreros, de la ribera y del valle del Muradiel.

En días claros, pueden verse Valdepeñas de la Sierra y la vega de Uceda (el pueblo que se ve, en el que destaca la Iglesia, es Casa de Uceda). Es aconsejable en días despejados, a la caída de la tarde por el contraste de colores.

El **mirador del Yeso** en el monte de Peñalbilla (identificable porque tiene una torreta eléctrica en su cumbre) ofrece una vista excelente de la ribera, del cañón del Jarama y de los montes de

Tortuero. Se accede por el camino del arroyo, justo frente a una escombrera arranca una senda que nos lleva en un paseo de apenas quince minutos.

Desde la carretera de Valdesotos, una vez subida la cuesta y a la izquierda, arranca el **camino de la dehesa** que, pasando al lado de una coqueta casa de campo, nos lleva a la ribera del Jarama. El primer tramo transcurre entre jarales y tierras de labor, pero su encanto reside en que mientras desciende a la ribera ofrece unas vistas espectaculares del Jarama, de la ribera, de los montes y del enclave de Valdesotos. Puede ser un paseo circular, puesto que engarza con el camino del arroyo (a la izquierda), que nos trae a Puebla de Valles en apenas dos horas de recorrido total.

El **camino del pinar** que arranca desde la carretera de Valdesotos, identificable por el repetidor, es en sí un mirador. Unos metros más arriba de la torreta, el camino se bifurca. El de la derecha nos lleva la **Mirador de la Reina**, espectacular vista de Puebla y de terreros enjaezados de pinos y chopos.

El otro camino atraviesa el pinar, ofreciendo vistas maravillosas a izquierda y derecha, tanto del arroyo del Lugar como de Valdesotos, Retiendas y sus montes. En apenas una hora finaliza en la carretera de Tamajón (aunque continúa, pasada la carretera, hasta las cercanías de la Mierla). Es aconsejable regresar por el mismo sitio porque se obtiene una perspectiva diferente del paisaje a cada paso.

De la carretera que lleva a Valdesotos, una vez pasado el puente del Jarama, a la derecha sale un ramal que se dirige al pantano del Vado. Todo su recorrido es un mirador del cañón del Jarama y de la sierra, llamada **la vereda verde**. Luego la carretera sigue entre árboles y montes, conformando un paisaje típico de estas tierras. A veces, con suerte pueden verse gamos, águilas y diversos pájaros. Unos cientos de metros antes de llegar al Pantano del Vado, a la izquierda se conserva una antigua central eléctrica que merece una parada.



La vereda verde, en su componente oeste, arranca 200 metros más adelante desde la carretera de Valdesotos, justo en el puente que aparece a la izquierda. Sube en vertical siguiendo las tuberías del canal Isabel II y presenta vistas espectaculares del cañón del Jarama y de la ribera.

Transcurridos unos kilómetros la vereda verde penetra en el valle del arroyo de Tortuero, un paisaje espectacular que recuerda otros mundos, y finaliza en la carretera que lleva a este pueblo de montaña, que no supo ó no quiso ser negro.

Fauna

Los primeros tiempos

La era Cuaternaria fue rica en cambios y jugó un papel trascendental en la conformación de la fauna tal y como la conocemos hoy. A modo de ejemplo relatamos la evolución de los mamíferos superiores, que nos dará una imagen bastante precisa de cómo evolucionó la fauna en nuestra tierra.

Hasta el Pleistoceno Medio había 19 especies de mamíferos superiores que correspondían a ruminantes procedentes de Asia, especies procedentes de África y especies autóctonas como “los dientes de sable”. Sin embargo hace 700.000 años se produjeron cambios importantes: aparecieron animales que siguen presentes en la fauna actual (jabalíes, osos, diferentes tipos de caballos actuales, hienas manchadas), otros fueron sustituidos (dientes de sable por leones y leopardos) y los homínidos se asentaron en la Península ibérica (hombre de Atapuerca).

Hace unos 120.000 años (Pleistoceno Superior), las oscilaciones climáticas (glaciaciones y periodos interglaciares) provocaron que algunas especies tomaran mayor protagonismo, como el mamut y el rinoceronte lanudo, a la vez que otras aumentan de tamaño, como la hiena y el oso. El homínido predominante es ya el Hombre de Neardental, que vive en cuevas y vive de la caza.

Sin embargo, la última glaciación (hace 30.000-20.000 años) provocó un fuerte cambio y nos trajo la fauna actual: desaparecieron una gran cantidad de especies como mamuts, rinocerontes lanudos, hienas, felinos y el hombre de Neardental. Aparecen animales domésticos (toros, cabras, ovejas, asnos, perros,...) y el “Homo Sapiens Sapiens” queda como el único homínido.

Los restos de animales encontrados en nuestro entorno corresponden al Pleistoceno Superior y periodos posteriores. Confirman que las condiciones climáticas fueron aquí más extremas de lo que correspondería por la presencia de mamuts, rinocerontes lanudos, osos,... En el Holoceno Medio se produce la ocupación humana del valle del Jarama y zonas adyacentes, mientras que la fauna quedó de forma similar a la actual.

En la actualidad

Aunque la degradación medio ambiental ha incidido menos que en otras zonas por la despoblación, si se han producido la desaparición total (lince, gato montés,...) o casi total de muchas especies que antaño estuvieron presentes (aguila imperial, nutria,...). No obstante la diversidad de ecosistemas y flora permite que haya una gran variedad de especies presentes, aunque algunas con escaso número de individuos, a pesar de que todo el término de Puebla de Valles está acotado de caza y pesca y de que todas las especies están protegidas.

Se han contabilizado unas 225 especies por la zona de Puebla y aledañas, sin considerar invertebrados, (según el informe sobre el río Jarama publicado por la asociación “Jarama vivo”) de las cuales el 80% corresponden a aves, aunque muchas sólo vienen a invernar.

Los mamíferos presentes son corzos, jabalíes, topos, ratón de campo, lirón careto, ardilla, conejo, liebre, erizo común, zorro, tejón, comadreja, nutria. Unos son abundantes y fáciles de ver (corzos, ratón, conejo,...), otros son visibles con un poco de suerte (zorro, jabalí, erizo, ardilla,...) y algunos es posible que ya no existan (una pareja de nutrias fue vista por última vez en el verano de 2.004).

En cuanto a reptiles y anfibios quedan algunas culebras de agua y de tierra, la víbora hocicuda (muy escasa) galápagos comunes, salamandras, ranas y sapos. Lagartos y lagartijas también resultan visibles, aunque no es fácil si no se va atento.

Los peces, muy abundantes en tiempos pasados, han quedado reducidos a la mínima expresión: bogas, trucha común, barbos, anguilas, carpas y cangrejo americano. Solo se pueden verse con cierta facilidad bogas y truchas, el resto puede que estén desaparecidas dadas las enormes oscilaciones del caudal del Jarama debido a la “regulación” del Vado.

Las especies de aves presentes son numerosas, pero con pocos individuos y grandes oscilaciones (presentes-ausentes) en función de la climatología. Una aproximación (que no pretende ser precisa ni completa, no somos zoólogos) podría ser esta.

Rapaces	Buitres leonados, águila imperial (2 ejemplares), águilas culebreras, aguiluchos, halcón común, milano negro. Nocturnas como mochuelos, lechuzas, búho y cárabos.
Zancudas	Cigüeñas, garcetas, garcillas, garzas, gaviotas.
De llanura	Abubilla, mirlos, codorniz, perdiz, zuritas.
De cantiles	Abejarrucos, chovas, torcaces, cuervos, cornejas, grajas, grajillas, cucos.
De arboleda	Carboneros, currucas, jilguero, verdoncillo, verderón, ruisenior, picapinos, tórtolas.

En la ribera pueden verse agachadizas, ánades, andarríos, carriceros, charranes, chorlitezjos, estorninos, fochas, martín pescador, lavanderas, patos y pinzones.

En el núcleo urbano resultan muy visibles (según las épocas) aviones, golondrinas, gorriones, herrerillos, alcaudón y palomas.

Siempre resulta agradable oír sus cantos entremezclados y sus variaciones según épocas, así como apreciar su evolución a lo largo del día. Es como si estuviéramos oyendo música permanentemente, pero con distinta partitura y distintos intérpretes cada vez. Y si salimos de paseo por algunos de los caminos esto es mucho más patente, sobre todo al anochecer en primavera. Una sinfonía maravillosa de sonidos auténticos.

Los primeros habitantes

Siempre los sospechamos, pero hasta que un equipo de investigadores (arqueólogos, paleontólogos, geólogos,...) de varias Universidades de Madrid lo ratificó no estuvimos seguros. Pero ahora podemos decir con orgullo que la primera constancia que se tiene de la presencia del hombre en esta zona data de hace 30.000 años y se corresponde con el “Hombre de Neardental”, siendo una de su últimas manifestaciones en la Península Ibérica. (Desde aquí nuestro agradecimiento al Doctor Jordá por desvelarnos esta parte de nuestra historia).

Las primeras prospecciones datan de 1.983 y se completaron en años posteriores hasta cubrir todo el cañón, lo que supuso un gran esfuerzo tanto económico como humano. Luego en periodos sucesivos se excavaron y estudiaron los yacimientos encontrados, labor que aún no ha terminado.

El “Hombre de Neardental” habitó en algunos abrigos de la zona durante miles de años y utilizó herramientas típicas de lo que se ha denominado “cultura Musteriense” en el Paleolítico Medio (hachas, cuchillos, puntas de lanza,... de piedra sin pulir), que según pruebas del carbono catorce son de hace unos 30.000 años. Se ha detectado una gran inundación en el valle del Jarama que provocó el abandono de refugios y abrigos, pero al retirarse las aguas fueron ocupados de nuevo por el homo Neardetalensis, siendo sus últimos restos de hace unos 27.000 años.

También se han encontrados restos correspondientes al Paleolítico Superior, de hace unos 23.000 años, siendo los hallazgos más tardíos del “Homo Sapiens Sapiens” en la zona. No parece probable que ambos homínidos coexistieran en el valle, más bien parece que la desaparición de uno provocó la llegada del otro ó viceversa, al igual que debió ocurrir en otras zonas.

A partir de este momento la ocupación de la zona parece que ha sido continua, si bien no siempre se han hallado restos que lo ratifiquen. Así se han encontrado restos de necrópolis colectivas del Periodo Calcolítico (precampaniforme), datados en 2.500 años a.c. Llamó la atención de los expertos que se hallaran restos de enterramientos comunes de hombres y animales, lo que denotaría que en esa época ya existían animales domésticos en la zona.

Tenemos constancia de los íberos que tuvieron un poblado en la vega, a orillas del Jarama, hace unos 3.000 años. Se han hallado restos arqueológicos correspondientes a viviendas, corrales y enterramientos, con algunos elementos de pizarra negra, no habitual por la zona, lo que denotaría su contacto con otros poblados cercanos (se ha hallado restos de otro poblado celtíbero en la zona de Valdepeñas).

Si bien de la presencia romana no se conservan restos, es indudable que ocuparon la vega del Jarama. Sería sorprendente que no fuera así ya que se han hallado vestigios en pueblos próximos, siguiendo el curso del río, máxime cuando en aquella época la zona era conocida por sus cereales. Lo tenemos tan asumido que al puente medieval lo llamamos “Puente Romano”. De la época visigoda no tenemos ni constancia ni sospechas; esa parte de nuestra historia es tan oscura como la del resto del país.

Los árabes si nos dejaron algunos vestigios visibles que confirman su ocupación de esta zona. Bajo el Molino del Rulo se conservan restos de una bodega árabe. Asimismo las bodegas de Palacio (detrás de las ruinas) tienen el mismo origen, como otras muchas halladas y cegadas bajo las calles del pueblo (calle de los Huertos). El pozo de lo que fue el antiguo Molino de Piedra tiene origen árabe como indica su brocal.

Debieron ser las huestes del rey Alfonso VI, conquistador de Guadalajara, de la vega del Jarama y de toda esta comarca, quien devolvió Puebla de Valles a los cristianos a finales del siglo XI. El resto hasta nuestros días ya es conocido por todos.

El Pueblo

Puebla de Valles está enclavado en la confluencia de los valles del Arroyo del Lugar con el Barranco de Vallejo, desparramando sus calles por sus laderas. El Vallejo pasa por el centro del

pueblo, canalizado en una alcantarilla con arco de piedra antigua, situada entre la fuente pública y el edificio de la Iglesia.



Si bien los archivos municipales han desaparecido, parece ser que este lugar fue conquistado por Alfonso VI en la campaña del año 1.085 en la que se cobró para el Reino de Castilla las plazas de Atienza, Hita, Uceda, Guadalajara y Toledo. Perteneció al Común de Uceda, que fue entregado en señorío al arzobispado de Toledo en el año 1.222, hasta el 1.572 en que Felipe II la enajenó, al igual que otras muchas posesiones de la corona para generar recursos con los que financiar sus guerras (de hecho ha seguido perteneciendo a la diócesis de Toledo hasta los años cuarenta). En este mismo acto, le otorgó el título de “Villa”, por lo que este enclave pasó a ser conocido como “Villa de los Balles” y después pasó a llamarse Puebla de Valles.

En algunos mapas y publicaciones aparece como Puebla de Vallés, provocando la creencia de estar relacionado con el divino Vallés, médico que tratara a Felipe II de la gota. Gracias a la iniciativa de un alcalde inquieto, se ha contrastado que el origen del acento en la “e” de Valles tiene su origen en un error de edición del Diccionario Geográfico Espasa-Calpe durante el primer tercio del siglo XX.

El documento más antiguo del que se dispone es el “Censo de Castilla de 1.591-Vecindario”, contemporáneo del Divino Vallés y en el ya figura como Puebla de Valles, con una población de 256 habitantes, de los que tres eran clérigos, siendo el tercer lugar más poblado de los que conformaban el común de Uceda, detrás de Valdepeñas de la Sierra con 329 y el Cubillo de Uceda con 271.

Parece ser que el lugar ya estuvo habitado desde el Paleolítico, por los restos encontrados en el sitio conocido como Castillejos, lugar estratégico para la defensa situado a orillas del Jarama.

También está demostrado el asentamiento de los árabes en este lugar por algunas viviendas y los restos del molino de almazara a orillas del Vallejo, conocido con el nombre de Molino de la Piedra. Este nombre lo recibió por emplear una piedra circular plana de 0,6 metros de altura por 1 metro de diámetro, a diferencia del clásico molino de rulo movido por tracción de una caballería. Su estructura interior era de madera y la exterior de cajones de calicanto, delimitados por pilares de ladrillos verticales y horizontales. Han quedado como recuerdo la mesa de granito de Colmenar montada en el patio del único molino que queda en pie.

Del mismo origen árabe son las bodegas existentes bajo el pueblo, halladas en la calle de los Huertos al abrir una zanja para servicios. Con frecuencia han aparecido otras muchas bodegas al reformar las viviendas, en su mayoría fueron cegadas y hoy muchos lo lamentan.

Hasta no hace mucho había bodegas en las laderas del Vallejo y del arroyo de Lugar (aún pueden verse los restos de alguna), que actuaban como silos para la colocación de tinajas de vino y de aceite, por mantener una temperatura templada todo el año.

Si bien no está documentado, algunas plazas como Calicanto y la del Rincón, recuerdan por su aspecto el paso de judíos por Puebla, lo que no sería de extrañar por la cercanía de Tamajón (La Gran Tamaya, citada por Alfonso X el Sabio en sus crónicas, donde los judíos no pagaban peaje).

La plaza del Rincón tomó cierta notoriedad en los años cincuenta por tener la mayor densidad de chiquillos por metro cuadrado en Puebla y ser el lugar preferido por las mujeres para coser y tomar el sol en invierno.

El Calicanto es una plaza alargada, centro neurálgico de Puebla de Valles de donde parten las empinadas calles de Puebla, así llamado por la existencia en su época de un olivo con un muro construido con cal y cantos. Las calles estaban empedradas de gorriones, piedras de río típicas de la zona, hasta que en los años ochenta fueron hormigonadas por razones de tráfico.

Como edificios singulares destacan casas antiguas, de adobe y piedra, típicas de Puebla (pueden verse en la plaza del Olivo, esquina del arroyo, y en la del Rincón, casa de Petra), y algunos balcones y ventanas de hierro forjado, dignos de admirar por su sobriedad.

Por su excelente grado de conservación, hay que mencionar la casa que se encuentra situada en la plaza de la fuente, la parte más antigua y noble de Puebla de Valles con fachada a cuatro calles, en contraterreno, y que responde a la distribución tradicional de los caserones de la época.

“Según la leyenda fue construida en el siglo XVI, en la misma época que la iglesia y el palacio del virrey por mandato de una rica señora llamada LA GORDA, propietaria de tierras en la zona. Emparentada con el Virrey, llevaba su trigo al molino árabe anexo y residía en Palacio. Una discusión con el Señor de la casa le negó estos privilegios y decidió resolver el problema para siempre: mandó edificar la casa y el molino del rulo (hoy reconstruido)”.

Nada se sabe de la casa hasta finales del siglo diecinueve, cuando un maestro procedente de Hita la compró y la convirtió en escuela, como se indica en una placa situada encima de la puerta. Aunque está muy reformada (gracias a ello sigue en pié), siempre estuvo habitada y aún conserva elementos originales, visibles desde el exterior: la parte superior de la fachada en ladrillo visto tipo mudéjar (muy similar al de la iglesia) y las ventanas de madera. También

pueden observarse algunas rejas de forja, parecidas a las que se encuentran abandonadas en las ruinas de Palacio, lo que confirmaría la época de su construcción”.

Junto a la Iglesia, esquina al callejón de las ánimas, se halla la llamada “casa de la villa”, una de las más antiguas de Puebla de Valles, construida a la manera tradicional (con piedra en la parte inferior y adobe con madera en el piso superior). Hasta hace unos años se desconocía este detalle y fue al picar la pared exterior para pintarla cuando aparecieron los maderos y el adobe, y con buen criterio el Ayuntamiento decidió mantenerlo así, aunque el color elegido (un rosa) no sea el más adecuado.

Otros edificios de interés histórico son la Iglesia, el palacio del Virrey (en ruinas) y la ermita del cementerio, del siglo XVI.

